

GEOFF DYER

**Yoga para los
que pasan del yoga**

LITERATURA MONDADORI



Yoga para los que pasan del yoga

Geoff Dyer

Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz

www.megustaleer.com

Índice

CUBIERTA

Dedicatoria

Citas

Introducción

Desviación horizontal

Capítulo 1

Miss Camboya

Capítulo 2

El borde infinito

Capítulo 3

Skunk

Capítulo 4

Yoga para los que pasan del yoga

Capítulo 5

Decadencia y caída

Capítulo 6

La desesperación del Art Déco

Capítulo 7

Hotel Olvido

Capítulo 8

Leptis Magna

Capítulo 9

La lluvia dentro

Capítulo 10

La zona

Capítulo 11

NOTAS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

ACERCA DE RANDOM HOUSE MONDADORI

Para Rebeca

Todo es único, nada ocurre más de una vez en la vida. El placer físico que te dio cierta mujer en cierto momento, el plato exquisito que comiste un día en concreto... no volverás a disfrutar de ninguno de los dos. Nada se repite y todo es incomparable

Los hermanos GONCOURT

... y esta luz de luna entre los árboles e incluso este momento y yo mismo.

NIETZSCHE

Hace ya varios años que me desconciertan unos versos de Auden; en realidad me desconciertan muchos de los versos de Auden, pero me refiero a unos de «Detective Story» (1936), donde habla de

*el hogar, el centro donde las tres o cuatro cosas
que le pasan a un hombre pasan.*

Creo que me cuesta dejarme convencer por esta idea de hogar porque no puedo reducir el número de cosas que me han pasado a «tres o cuatro» (al menos, todavía). Auden podría estar en lo cierto, pero de momento han pasado muchas cosas y han pasado en muchos sitios distintos. En cambio, «el hogar» es el lugar donde han ocurrido menos cosas. De hecho, durante los últimos doce años más o menos, la idea de «hogar» se me ha antojado bastante periférica y, en consecuencia, no poco borrosa. O quizá, como Steinbeck, «tengo hogares en todas partes», muchos de los cuales «todavía no he visto. Quizá por eso estoy inquieto. Todavía no he visto todos mis hogares».

El poema de Auden empieza con la pregunta «¿Quién está alguna vez fuera de su paisaje...?». A mitad de la primera estrofa pregunta: «¿Quién no sabe dibujar el mapa de su vida...?». Yo (al menos, todavía). Este libro es un mapa rasgado y en absoluto fiable de algunos de los paisajes que conformaron una fase concreta de mi vida. Habla de lugares donde pasaron cosas y donde no pasaron cosas, lugares donde me quedé y de cosas que se han quedado conmigo, lugares que quise ver o por los que pasé o donde simplemente acabé. En cierto modo son todos el mismo lugar –el mismo paisaje– porque la persona a la que le ocurrieron las cosas era la misma, que a su vez es la suma de todas las cosas que pasaron o dejaron de pasar en esos y

otros lugares. Todo lo que aquí se cuenta pasó de verdad, pero algunas de las cosas que pasaron, pasaron solo en mi cabeza; del mismo modo, todas las cosas que no pasaron, no pasaron en mi cabeza.

DESVIACIÓN HORIZONTAL

En 1991 viví una temporada en Nueva Orleans, en un piso de la avenida Esplanade, justo detrás del Barrio Francés, donde de vez en cuando matan a algún turista británico por negarse a entregar su cámara de vídeo a los chorizos adictos al crack que viven y trabajan por los alrededores. Jamás tuve ningún problema –tampoco he tenido nunca cámara de vídeo–, a pesar de que iba andando a todas partes a cualquier hora.

Había decidido instalarme en Nueva Orleans después de pasar por la ciudad con una novia de camino a Los Ángeles desde Nueva York. Teníamos que entregar un coche, y aunque normalmente solo se te permite sumar unos cientos de kilómetros a los que llevaría cruzar el continente en línea recta, no habían apuntado el kilometraje original del vehículo y, por tanto, avanzábamos en zigzag por el país, superando en varios miles de kilómetros la distancia normal del viaje y dejándonos la piel en el proceso. En el curso de este frenético itinerario habíamos pasado una única noche en Nueva Orleans, pero nos pareció –y me refiero al Barrio Francés, no a la ciudad en su conjunto– el lugar más perfecto del mundo, así que me juré que en cuanto volviera a tener algo de tiempo libre regresaría. Hago esta clase de juramentos continuamente y no los respeto, pero en esta ocasión, al año de haber pasado por allí, regresé a Nueva Orleans para instalarme durante tres meses.

Las primeras noches dormí en el Rue Royal Inn mientras buscaba un piso de alquiler. Confiaba en encontrar alguno en el corazón del Barrio Francés, algún sitio con balcón y mecedora y campanillas colgando, con vistas a otros pisos con mecedora y balcón, pero acabé en la peligrosa periferia del barrio, en un apartamento con un balconcito minúsculo que daba a un solar vacío que era un hervidero de

amenazas indeterminadas cuando regresaba a casa por las noches.

En Nueva Orleans solo conocía a Ian y James, una pareja de cincuentones gays amigos de un conocido de una mujer que conocía en Londres. Eran muy hospitalarios, pero como también eran bastante mayores que yo y como los dos tenían sida y llevaban una vida tranquila, enseguida caí en la rutina del trabajo y la soledad. En las películas, cuando un hombre se muda a una ciudad nueva –incluso aunque haya cumplido una larga condena en prisión por matar a su esposa– no tarda en conocer a una mujer en la caja del supermercado o en el Croissant d’Or, donde desayuné la primera mañana que pasé en Nueva Orleans. Aunque no conocí a ninguna camarera en el Croissant d’Or, establecimiento de nombre muy acertado, seguí desayunando allí a diario porque servían los mejores cruasanes de almendras que había probado (que he probado). A veces llovía durante días seguidos, la lluvia más densa que había visto en la vida (después las he visto peores), pero por mucho que lloviera nunca me saltaba el desayuno en el Croissant d’Or, en parte por la excelencia del café y los cruasanes, pero principalmente porque la visita se convirtió en parte del ritmo habitual de mis días.

Por las noches iba al bar de la acera de enfrente, el Port of Call, donde intentaba sin éxito entablar conversación con la camarera mientras seguía la guerra del Golfo por la CNN. La noche de los primeros ataques aéreos contra Bagdad, en el bar reinaba un bullicio nervioso y aprensivo. Habían atado lazos amarillos en muchos árboles de la Esplanade, avenida que recorría a diario de camino al Croissant d’Or, donde, mientras me comía mis cruasanes de almendras, me gustaba leer las últimas noticias del Golfo, ya fuera en el *New York Times* o en el periódico local, cuyo nombre –¿el *Louisiana* algo?– he olvidado. Después de desayunar volvía a casa caminando y trabajaba hasta que no podía más y luego salía a pasear por el barrio guiado, aparente-

mente, por el sonido de las campanillas que colgaban de casi todos los edificios. Era enero pero hacía buen tiempo, y a menudo me sentaba junto al Mississippi a leer sobre Nueva Orleans y su historia. Como la ciudad está situada en la desembocadura del río Mississippi, se asienta sobre barro, y año tras año los edificios se hundían un poco más en el cieno. Además de estar deformados por el sol y podridos por la lluvia y la humedad, muchos de los edificios del Barrio Francés se inclinaban considerablemente debido a dicho hundimiento. Este alejamiento de la verticalidad se complementaba con una deriva horizontal. El volumen de detritos que el río arrastraba hacia el sur era tal que el Mississippi estaba encenagándose y mudando su curso, de modo que, efectivamente, la ciudad se movía. Cada año las calles se movían una fracción de milímetro en relación al río, alterando sutilmente la geografía de la ciudad. La calle Decatur, por ejemplo, donde vivían Ian y James, había cambiado varios grados su posición con respecto a lo que mostraban los mapas del siglo XIX.

Una tarde, mientras estaba sentado junto al Mississippi, pasó por la vía que quedaba a mis espaldas un tren de mercancías avanzando muy lentamente. Siempre había querido saltar a un mercancías, de modo que me levanté de un brinco e intenté reunir el valor suficiente para abordarlo. La longitud del tren y su lentitud me dieron tiempo suficiente –demasiado– para imaginarme subiendo de un salto, pero tuve miedo de meterme en algún problema o hacerme daño, de modo que me quedé plantado cinco minutos contemplando pasar los vagones de carga, hasta que al final no quedaron más y el tren se acabó. Tras verlo perderse de vista al tomar una curva, me inundó un arrepentimiento teñido de magnolia, la clase de sentimiento que te provoca ver por la calle a una mujer con la que cruzas momentáneamente la mirada pero con la que no intentas hablar y luego desaparece y te pasas el resto del día pensando que, si hubieses hablado, ella habría estado encantada,

no se habría molestado, y quizá os hubieseis enamorado. Te preguntas cómo se llamaría. Angela, tal vez. En lugar de saltar al tren, regresé a mi piso de la avenida Esplanade e hice que se subiera el personaje de la novela en la que estaba trabajando.

Cuando te sientes solo, escribir puede hacerte compañía. Es también una forma de autocompensación, un modo de resarcirte de las cosas que no terminan de pasar. Iban sucediéndose las semanas sin que ocurriera nada reseñable, y cada vez hacía más calor y más humedad y faltaba menos para el Mardi Gras. Me habían alquilado el piso con la condición de que lo desalojara durante el Mardi Gras, cuando podían cobrar cuatro o cinco veces el alquiler normal por una semana. Por suerte, Ian y James se iban fuera y me dejaron su piso de Decatur, que ya no estaba tan cerca del río como antes. Al principio fue divertido, me refiero al Mardi Gras. Me gusta el deporte de intentar atrapar las cosas –vasos y collares de plástico y otras barajitas, basura, en realidad– que lanzan desde las locas carrozas que se arrastran por las calles atestadas de gente. Parecía una mezcla de baloncesto y una muchedumbre de refugiados peleándose por las raciones de alimentos que tiran los soldados. Como soy alto, me asomaba por encima de casi todo el mundo, y eso que en Louisiana hay algunos tipos bastante altos, en su mayoría negros; los blancos suelen ser más bajos, más fáciles de superar. Una noche estaba inmerso en una manada que recorría Rampart como búfalos, saltando a la caza de vasos y collares, cuando se oyeron varios disparos. De repente todo el mundo chillaba y corría presa del pánico. Por alguna razón –nunca me había ocurrido antes– me falló una rodilla y caí encima del individuo que tenía delante; si no me hubiese agarrado a él, habría aterrizado en el suelo. Lo cual desencadenó otra breve oleada de pánico y luego todo el mundo dejó de correr y se oyeron sirenas y policías por todas partes y regresó el alboroto normal de un Mardi Gras.

A medida que iba avanzando, el carnaval se volvía más desagradable, casi un aburrimiento. El Barrio Francés estaba atestado de universitarios, latas de Budweiser y vasos de plástico rotos, y las calles apestaban a vómito reciente y cerveza rancia. La contrapartida de todo eso eran los extravagantes bailes organizados por diversas bandas. Ian me había regalado su invitación a una de esas fiestas, donde conocí a Angela, una joven negra que estudiaba la acumulación de la riqueza en la facultad de Derecho. Al día siguiente del baile se pasó por el piso de Ian y James vestida con unos Levi's recién lavados y una blusa roja. Llevaba el pelo recogido con una cinta, también roja. Salimos juntos al balcón y bebimos vino blanco en unas copas tan finas que apenas se atrevía uno a cogerlas. Nuestras manos se apoyaban en la barandilla del balcón a escasos centímetros una de la otra. Moví la mía hasta casi tocar la suya y luego la rocé y ella no la apartó, así que le acaricié el brazo.

–Qué agradable –dijo, todavía con la vista puesta en la calle.

Después nos besamos, sosteniendo cada uno su delicada copa de vino tras la espalda del otro. Como no sabíamos qué hacer al terminar de besarnos, nos besamos otra vez.

Poco después del Mardi Gras, cuando el Barrio Francés había recobrado su vacía y silenciosa normalidad, Donelly, un tipo más o menos de mi edad y mi estatura, se mudó al piso de al lado. Llevaba el pelo algo largo y vestía menos elegante que yo en aquella época (el tipo iba con camiseta y zapatillas de baloncesto). Coincidimos en la escalera un par de veces, comparamos los pisos –eran casi idénticos– y fuimos a comernos una hamburguesa en el Port of Call, y empezamos a salir juntos por ahí. Hacía unos cuatro años – el día de los Santos Inocentes de 1987, según dijo– le habían comunicado que tenía cáncer de piel. Los médicos le dieron un índice de supervivencia de 30/70, pero había superado varias operaciones con ánimo suficiente para, cinco

meses antes de conocernos, intentar suicidarse. Desde entonces había estado ingresado en un hospital mental de Los Ángeles y ahora estaba en tratamiento oncológico en Tulane (en el currículum de Donelly, los hospitales equivalían a las universidades en el mío).

Como era de California se le daba bien el tenis, y por las tardes solíamos pelotear durante una hora (Donelly no le veía sentido a llevar la puntuación). Jugaba mucho mejor que yo, pero como yo disfrutaba peleando cada jugada y poseía una ciega determinación de triunfo (aunque no lleváramos la puntuación), estábamos igualados. Cuando, al final de nuestro primer partido, se quitó la camiseta empapada de sudor, me impresionó el aspecto de su espalda y de su pecho: eran una masa de carne lisiada y cubierta de cicatrices. Por las noches nos colocábamos o salíamos de bares, normalmente íbamos al Port of Call, pero a veces también a otros. Siempre estaba dispuesto a hablar del «cáncer y otras mierdas» por las que había pasado. Donelly vivía en casa de sus padres cuando recibió los primeros resultados positivos.

–Estaba en el cuarto de baño, afeitándome. Mi madre abrió el sobre y entró y me abrazó. Y voy y le digo: «Mamá, que me estoy afeitando».

–¿No te preocupó?

–Me jodió la vida, pero no me preocupó. No paraban de hablar de «someterme» a cirugía, de «someterme» a quimioterapia. Un fastidio. Yo nunca lo vi así. Simplemente vivía la vida. No «me sometía» a ella.

Estábamos sentados en mi balcón cuando me lo dijo, contemplando a los niños jugar en el solar vacío. Anochecía a toda velocidad.

–Entonces, ¿por qué intentaste suicidarte?

–No estaba deprimido ni nada. No tenía unas ganas especiales de morir. Simplemente no quería vivir más.

Se había pasado la noche metiéndose coca. Luego se sentó en el coche a beber cerveza y escuchar cintas, bas-

tante contento, mientras un tubo conectado con el de escape llenaba el interior del vehículo de monóxido de carbono.

Había oscurecido, todavía hacía calor. Ya no veíamos jugar a los niños, pero oíamos sus voces.

–¿Qué pensaron tus amigos?

–Creo que pensaron: «Típico de Donelly».

Los médicos del psiquiátrico sintieron tanta curiosidad como yo. Se habían encontrado con numerosos intentos de suicidio, pero nunca con un caso como aquel. En busca de pruebas, le preguntaron si podía ser alcohólico.

«Espero que sí –les respondió Donelly–. Con la de esfuerzo, tiempo y dinero que le he dedicado...»

No le importaba nada. Todo le daba igual, y sin embargo, al mismo tiempo, poseía una enorme capacidad para la amistad. Era considerado, generoso (no trabajaba pero siempre tenía dinero), jamás imponía su presencia pero siempre estaba dispuesto a venir cuando le proponía ir a tomar una copa o a comer algo. Si alguna vez llamaba a su puerta, siempre lo encontraba en la cama, bebiendo cerveza o viendo la tele. Nunca leía –ni siquiera la prensa– y nunca se aburría. Dedicaba todo su tiempo a ser él mismo, a ser americano, a ser Donelly.

Un fin de semana que recibió la visita de sus padres, Angela y yo fuimos en coche a Mississippi. Angela había estado un tiempo fuera, en casa de unos amigos de la Costa Este, y hacía varias semanas que no nos veíamos. Además, aunque nos habíamos enrollado muchas veces, todavía no nos habíamos acostado. Yo confiaba en que ocurriera en el curso de lo que denominé nuestra «caravana por la libertad». Angela no sabía a qué me refería. Hace diez años de todo esto; por entonces no dejaba de sorprenderme la cantidad de cosas que la gente ignora. Es una de las cosas que tiene viajar, una de las cosas que aprendes: en el mundo hay mucha gente, gente incluso con una buena educación, que no sabe gran cosa, y en realidad no importa.